

FILOSOFÍA DE LA RAZÓN ERÓTICA

ERIKA PATRICIA BERMÚDEZ PÉREZ*

RESUMEN

La Razón Erótica es razón en virtud de la razón misma, es decir, por la índole de la razón, la razón se convierte en erótica.

Desde el pensamiento filosófico de Bataille expresado en su libro *La oscuridad no miente* (2002) la Razón se entiende y se constituye como medio definidor de otros medios y fines, así como el límite de la violencia y de la violación. Ésta se concibe y se piensa en términos de exclusión, eliminación o supresión, en una palabra, como uso razonado de la violencia, que es, a su vez, lo que la Razón deífica, precisamente como límite.

Palabras clave

Filosofía, razón, erotismo, realidad, sexo.

ABSTRACT

Erotic reason is reason under the virtue of the same reason, ie the nature of reason, the reason becomes erotic.

From the philosophical thought of Bataille expressed in his book "The darkness does not lie" (2002) Reason is understood and it is a means that defines other purposes and the limit of violence and rape. It is conceived and thought in terms of exclusion, removal or withdrawal, in a word, reasonable use of violence, which is, in turn, which deify Reason, just as the limit.

Keywords

Philosophy, reason, sex, reality sex.

* Filósofa titulada. Universidad del Atlántico.

El erotismo es el esplendor supremo de la realidad: es el modo como la realidad imagina y como la imaginación se realiza. Es la prueba radical de que estamos en el mundo.

Jorge Gaitán Durán¹

La dificultad que plantea el intento de relacionar filosofía y erotismo, se deriva, principalmente, de la incertidumbre conceptual de ambos términos. Si hasta ahora no se ha podido llegar a un acuerdo acerca de qué debemos entender por filosofía, igual complejidad ofrece la conceptualización de erotismo, idea ésta escurridiza e imprecisa que tiende a confundirse, por un lado, con obscenidad y pornografía –entendiendo ésta última como actualmente se maneja dicho vocablo– y con la funcional y primaria sexualidad por el otro. Así, entre múltiples fronteras se mueve el universo de lo erótico vivificado por la imaginación y la inteligencia, transformando el instinto que se fundamenta en lo pasajero del goce sexual, en creación espiritual trascendente de lo material.

A pesar de la permanente incidencia del erotismo en nuestra vida hace falta, con todo, una definición universalmente válida para tal manifestación que permita la caracterización del erotismo y de lo erótico dentro del campo de la individualidad del sujeto deseante, o mejor, sujeto erótico. Sin embargo, cualquiera sea la definición que se

asigne al erotismo siempre serán factores constantes la sensualidad, el goce y el placer sin los cuales no es posible abarcar ninguna de las aristas del erotismo, o éste en su totalidad. Lo que nos permite suponer que una precisión conceptual, si bien es necesaria para puntualizar sobre qué se habla cuando se habla de erotismo, también es difícil por la inmensidad de lo que resguarda.

Como es ostensible, resulta difícil establecer con exactitud los límites del erotismo. La razón debe buscarse, quizá, en la acción erótica que se desarrolla en situaciones que objetivamente pueden confundirse con la pornografía o con un sensualismo elemental, de tal suerte que en la definición –siempre relativa– del erotismo entra en juego un componente importante, el componente subjetivo (relacionado con la intención), que debe entenderse como el propósito de quienes intervienen en el acto erótico.

Como se aprecia, el erotismo, por lo profundas de sus raíces no puede cifrarse en una definición incorporada a la elemental función del instinto. En el erotismo, existen valores sustanciales que se fundamentan en la inteligencia controladora, reguladora y ordenadora del instinto y del goce resultante del trance erótico.

¹ En *El laberinto y la revolución*, uno de sus ensayos sobre el marqués de Sade, citado por Pedro Gómez Valderrama en GAITÁN DURÁN, SADE Y EL EROTISMO ABSURDO, en Boletín Cultural y Bibliográfico, Número 30, Volumen XXI, 1992, disponible en www.lablaa.org/blaavirtual/publicacionesenbanrep/boletín/boleti5/bol30/bol30.htm

En el presente ensayo, el tema se aborda a partir del análisis crítico de sus componentes, esto es, filosofía, erotismo y razón, así como de los aportes de Georges Bataille, el Marqués de Sade y Nietzsche, mediatizado por Foucault, quienes –desde distintas perspectivas– se interesaron en el despliegue teórico de la sexualidad, para lograr el propósito de establecer una razón erótica que apunte hacia la intervención de la razón en la creación del erotismo no como freno en la espontaneidad de su impulso, sino como factor de control en su realización para la participación de todos los sentidos.

Se trata, de estudiar el erotismo como experiencia, entendiendo por ésta todo aquel conjunto de relaciones entre formas distintas de subjetividad. No obstante, el estudio de los modos por medio de los cuales los individuos son llevados a un auto-reconocimiento como sujetos eróticos presenta algunas dificultades. La principal se relaciona con la idea generalizada sobre el erotismo como sexualidad y acto sexual corporal, descuidando o ignorando que lo erótico es integral, que no sólo le pertenece al cuerpo (aunque se evidencia en él con plenitud) sino que se relaciona con el sentimiento místico que se aleja con precaución de lo simplemente animal.

Así las cosas, qué es el erotismo y cómo puede insertarse en el campo de la filosofía es la pregunta central a partir de la cual se manifiestan las implicaciones filosóficas existentes. De hecho, al enlazar filosofía y erotismo, el

problema que surge se plantea en idénticos términos. En efecto, resulta innegable que existe un nexo entre ambos, pero emerge la pregunta de si realmente hay manifestaciones eróticas calificadamente filosóficas, con lo cual sólo obtendríamos una réplica afirmativa que nos llevaría, a su vez, a cuestionarnos acerca de si en tal comunión de los términos el erotismo estimula, incita, o provoca situaciones de índole filosófica. Como es obvio todas las actitudes son posibles.

El señalar algunos rasgos, quizá generales, que caracterizan el modo en que el comportamiento (o actuar) erótico-sexual ha sido y es pensado desde diversos ámbitos del conocimiento supone, entonces, el abandono de un esquema rígido de pensamiento que, aunque difícil de creer, sigue siendo bastante común entre nosotros hoy por hoy. Es decir, un análisis serio sobre el erotismo, o sobre el erotismo como experiencia individual y colectiva, debe intuirse como manifestación de una subjetividad singular algunas veces reprimida por mecanismos presentes en la sociedad que tienden a la regulación, normatividad y malformación de su práctica.

El vínculo existente entre filosofía y erotismo puede evidenciarse en el plano del desconocimiento o no de la propia sexualidad, entendida ésta como parte del erotismo y no como único aspecto constitutivo. Asimismo, el asunto abarca la relación que existe entre lo prohibido y la transgresión, tomadas ambas situaciones como ca-

tegorías fundamentales para establecer una razón erótica que se explique desde la filosofía.

En definitiva, de lo que se trata es de la elucidación filosófica del erotismo como una forma de contribuir con los diferentes estudios que sobre sexualidad se han realizado teniendo como base los conceptos de lo prohibido y la transgresión, apuntando hacia lo que hemos denominado una razón erótica.

Filosofía de la razón erótica

Todo hombre “razonable” se comporta *así*.
Ludwig Wittgenstein².

En nuestra cultura, la definición de razón decantada por la tradición nos dice que, procedente del latín *ratio*, -onis, la palabra razón ha significado

desde facultad de discurrir, acto de discurrir el entendimiento, palabras o frases con que se expresa el discurso, argumento o demostración que se aduce en apoyo de algo, hasta motivo o causa. Pero además tiene un sinnúmero de acepciones³ lo que llama la atención al compararla con la palabra erotismo⁴.

Inicialmente, el término Razón se va a comprender, desde la antigüedad, como aquello que capta lo inmutable o la esencia de las cosas. En el mito platónico la Razón es representada como guía que conduce el alma por el camino del bien, a su vez, representada por un carro que se desplaza por el mundo de las ideas tirado por dos caballos: uno dócil y el otro desobediente (las pasiones). En Aristóteles la Razón dictamina lo que las cosas son, a partir de la distinción entre verdad y falsedad,

² WITTGENSTEIN, Ludwig, Sobre la certeza, Barcelona: Gedisa, 1988, p. 33c, párr. 254.

³ En efecto, significa también, orden y método, justicia, rectitud en las operaciones, o derecho para ejecutarlas, recado, mensaje, aviso. Coloquialmente, *razón de cartapacio*, refería a la que se da estudiada y de memoria sin venir al caso. *Razón* de estado, por otra parte aludía a la política y regla con que se dirige y gobierna lo perteneciente al interés y utilidad de la república o a la Consideración de interés superior que se invoca en un Estado para hacer algo contrario a la ley o al derecho. En el mismo orden, significa miramiento, consideración que nos mueve a portarnos de cierto modo en la sociedad civil, por lo que podrán juzgar o pensar quienes lo sepan. Merece especial análisis, la *razón natural* como potencia discursiva del hombre, desnuda de todo matiz científico que la ilustre. *Alcanzar de razones a alguien*, expresa concluirle en la disputa, dejarle sin que tenga qué responder o replicar. De manera semejante, *asistir la razón a alguien* es tenerla de su parte y *atender alguien a razones* es quedar convencido por los argumentos que se le presentan. *Atravesar razones* es tener palabras. *Cargarse alguien de razón* es tener mucha paciencia para proceder después con más fundamento. *Dar la razón a alguien*, concederle lo que dice, confesarle que obra racionalmente. *Dar razón* es también comunicar. *Dar alguien razón de sí*, o de su persona es corresponder a lo que se le ha encargado o confiado, ejecutándolo exactamente. *Entrar alguien en razón* es darse cuenta de lo que es razonable pero *envolver a alguien en razones* es confundirle de modo que no sepa responder sobre alguna materia. *Estar a razón o a razones* es raciocinar, discurrir o platicar sobre un punto. *Fuera de razón*, sin justificación. *Llenarse alguien de razón* es cargarse de razón. *Meter a alguien en razón* es obligarle a obrar razonablemente. *No atender alguien a (de) razones* es no quedar convencido por los argumentos que se le presentan. *Perder alguien la razón* es volverse loco, hacer o decir algo por lo que perjudica su causa o su derecho. *Poner en razón* es apaciguar a quienes contienden o altercan o corregir a alguien con el castigo. *Privarse alguien de razón* es tener embargado el uso y ejercicio de ella por una pasión violenta o por otro motivo, especialmente la embriaguez. *Reducirse alguien a la razón*, darse a buenas. *Ser razón algo*, ser justo, razonable. ¿No es razón (justo) que lllore su desamparo? *Tener razón*, es estar en lo cierto. *Ente de razón, luz de la razón, uso de razón*. (Con base en el DRAE).

⁴ Contrariamente al término razón, la palabra erotismo, en el DRAE, sólo tiene una sola entrada léxica. El término razón, en cambio, tiene 53 entradas.

asimismo, posibilita establecer la disposición de los objetos en el mundo por medio de una recta Razón. En la filosofía estoica la naturaleza del hombre es la racionalidad, de tal suerte que su ideal de vida es, precisamente, la vida racional y la virtud, la conformidad racional con el orden de las cosas.

Para San Agustín el alma es portadora de una razón natural o superior que le permite conocer a Dios (indirectamente), a sí misma y a las cosas. Esta Razón agustiniana puede recibir, por medio de una iluminación divina la capacidad de contemplar las cosas eternas. En general, la Edad Media se caracterizó por oponer al concepto de fe el de Razón, primando siempre la fe basada en la revelación. Esta dicotomía se vio superada a partir de la teoría de la doble verdad con la cual la Razón es des-teologizada en la época moderna.

Para Descartes la razón es la facultad capaz de apoderarse del mundo, de hacer que se pueda lograr envolver la extensión entera de las cosas en el extraño modo que se llama saber, y de obtener la verdad. En tal sentido, para que el hombre llegue a ser una cosa que piensa, esto es, un ente racional, debe trascender de sí mismo, ser capaz de verdad. Con lo cual, la única instancia con valor para el hombre es la Razón: el hombre es sustancia pensante.

Kant define en general la razón como toda facultad de conocer superior que proporciona los principios del conoci-

miento *a priori*, en una palabra, es la facultad de los principios que da unidad en las ideas a los conocimientos del entendimiento. Esta Razón es totalmente distinta de la sensibilidad y del entendimiento y es independiente de la experiencia. En Kant el entendimiento es la facultad de los conceptos y juicios; la razón, en sentido estricto, es la facultad de raciocinio y, por lo tanto, de buscar lo incondicionado para lo condicionado.

Para la Filosofía, y de manera muy general, la Razón no es otra cosa que la facultad de argumentar. De aquí, se derivaría la consideración kantiana de definir a la razón –desde un claro ámbito lógico- como la “capacidad de deducir” que aparece en la *Crítica de la Razón Pura* (B 355). Con base en Tugendhat⁵, de allí procedería una segunda definición que Kant propone según la cual la Razón es “la facultad de los principios” (B 356), en donde se entiende que tales principios son las premisas, no condicionadas, de un sistema deductivo cualquiera. Rodeando aún más el término, desde la óptica kantiana, la Razón es “la consciencia de una totalidad incondicionada” (B 378 y ss.). Ello sería el origen de la oposición que en nuestros días enfrenta lo racional al simple entendimiento o lo razonable, en una clara exclusión de lo lógico que según los entendidos “caracterizaría al desarrollo alemán de los últimos ciento cincuenta años”. En nuestro entorno, lo racional parecería tener –igual que en otras lenguas, como

⁵ Ernst Tugendhat, *Introducción a la filosofía analítica*, Barcelona, Gedisa, 2003, p. 115.

el alemán, por ejemplo- la idea de *bien cimentado, basado o fundado* según el empleo acostumbrado por la tradición y tendría, en consecuencia, una categoría superior a razonable que reedita la pugna entre ciencias duras y las que no lo son. En efecto, lo bien fundamentado, entendido como lo racional, se refiere a que el empleo de la razón, de manera práctica, implica que no hay que aceptar las opiniones sin examinarlas, sino que hay que preguntar por los argumentos a favor y en contra. Por ello, en lugar de pensar a la Razón como la facultad o capacidad de deducir, ésta aparece como capacidad de fundamentar los enunciados, esto es de darles crédito a los mismos, lo que conlleva así mismo “la capacidad de dar cuenta de las propias opiniones y acciones”.

En un sentido lato, la Razón, puede definirse como la capacidad cognoscitiva intelectual en oposición a la sensibilidad. Sin embargo, dentro de todo lo que abarca la Razón en general se presenta con frecuencia una oposición entre dos modos de actividad que luego se distinguen como entendimiento y Razón en sentido estricto. En general, entendimiento significa preferentemente el pensar que abstrae, compara y descompone; y Razón, designa la actividad intelectual superior que tiende a la conexión y unidad definitiva del saber y del obrar.

Por todo lo anterior la filosofía, desde sus inicios, se ha visto impelida a equiparar sentimientos con sensaciones, emociones, impulsos y estados de ánimo que no resultan de interés para sus

elevados ideales. La atención de la filosofía con relación a los sentimientos se ha fundado en la histórica consideración de éstos como elementos que obstaculizan y que, por lo mismo, ponen en riesgo la racionalidad no sólo del pensamiento sino también del obrar, de tal suerte que es usual creer que lo característico de la racionalidad es su total y completa independencia y autonomía respecto a los sentimientos, a los que se debe tener bajo estricto control y vigilancia.

En tal medida, es posible pensar que una relación, analogía, correspondencia o vínculo entre filosofía y erotismo, esto es, razón y sensibilidad si se prefiere, entendiendo al erotismo desde el punto de vista de las sensaciones, emociones, impulsos y estados de ánimo, no cuenta con la curiosidad intelectual suficiente que permita el desarrollo o despliegue de trabajos teóricos relacionados.

El erotismo y su razón erótica

Si bien es cierto que el erotismo muchas veces es pensado como estado puramente subjetivo y en tal sentido no constituye en sí mismo elemento alguno para el conocimiento objetivo, no por ello disminuye la certeza inmediata que nos proporciona acerca de nuestro estar inmersos en el mundo. Es por o a través del erotismo que vivimos el mundo como realmente nos sucede, como lo que se nos impone y, por tanto, como conciencia de padecer la existencia efectiva del mundo y de padecerla en el modo determinado

en que el mundo se nos abre en cada caso en las diversas formas del placer o del dolor. En consecuencia, gracias al erotismo, antes que a un conocimiento del mundo accedemos a la posibilidad misma de que nosotros tengamos un mundo.

El erotismo, si es concebido como aquel placer desprovisto de sentimiento, encierra en sí mismo la dificultad de hallarle razón a una emoción tan intensa. Situación que supone la contradicción, oposición o negación entre aquél y una razón cualquiera, pues resultan a todas luces dispares entre sí en la medida en que el sujeto del erotismo es alejado por completo del sujeto que la razón presenta como intuito por él mismo. Con todo, no deja de ser cierto que es precisamente una Razón Erótica la que añade al erotismo su dimensión profunda, aunque la aparente diferencia de sus características, manifestaciones y expresiones exige no esconder su honda relación.

Por otra parte, una Razón Erótica entendida como rasgo característico de lo humano, se constituye como aquello sin lo cual resulta imposible pensar al hombre, en tanto ser hombre es ser, con absoluta necesidad, racional. La razón se postula, entonces, como determinación crucial para la naturaleza del ser humano de tal suerte que indagar por la razón supone encontrar una respuesta frente a la cual todos estaríamos de acuerdo. En consecuencia, la equivalencia entre ser hombre y ser racional es de tanta importancia que puede ser vista como una y la misma

cosa y trae consigo la afirmación que postula que el ser del hombre se decide y se determina desde y por la razón.

Sin embargo, pese a que todo hombre se tiene a sí mismo por racional y a que es considerado por los demás hombres como tal, es un hecho que aunque difícil de negar no es en sí mismo suficiente para explicar ni la racionalidad misma ni la necesaria determinación de la razón en el hombre. Situación que puede complementarse con una idea del hombre desde su sexualidad, o mejor, desde una sexualidad no vergonzosa.

En este sentido, resulta claro que el sexo se manifiesta como representación de la experiencia mística (Bataille) y en tal medida el erotismo antecede al sexo desde siempre. Este saber erótico primero (*ars erótica*), cimentado en un saber sexual (*scientia sexualis*), es, además de la experiencia natural del erotismo, el punto de partida a partir del cual surge una razón erótica, nivel en el que supera lo empírico y lo inmediato de la experiencia sexual propiamente dicha.

Precisamente, cabe postular la definición de la noción de “saber” y más específicamente una definición de la noción de “saber sexual” dentro del erotismo. En esa dirección, saber es un término de práctica corriente en nuestro lenguaje, de tal suerte que puede ser definido dentro de ese mismo uso frecuente como “lo que es sabido, lo que ha sido adquirido, un estado estático y una apropiación íntima, algo que, se supone, no ha de ser olvidado ni

perdido”⁶. Sin embargo, ésta es sólo una primera aproximación al término que nos permite precisar que dentro del saber que nos proponemos elucidar, esto es, dentro del saber sexual, prima una “apropiación” a nuestro juicio *individual*, o mejor, subjetiva plenamente reflejada en la actividad erótica. A este respecto cabe postular la idea que se expone desde Foucault sobre la distinción entre sexualidad y sexo, en la cual prima para tales efectos la individualidad:

Foucault establece una diferencia entre el sexo y la sexualidad. El sexo corresponde al ámbito de lo ‘familiar’, y su práctica se vincula a la ‘alianza matrimonial’, con el propósito de ligar lo religioso a la obligación legal del matrimonio de transmitir la propiedad a partir de los vínculos de parentesco engendrados a sus instancias (...) La sexualidad, en cambio, se sitúa por fuera de la alianza matrimonial, y su práctica, siempre individual, es lo que ha permitido establecer una desvinculación del sexo con respecto a las obligaciones exigidas por la alianza (...) La sexualidad es algo que concierne a la esfera de lo individual; se relaciona con los placeres privados y ocultos⁷.

Ahora bien, un saber sobre el sexo siempre implica la disponibilidad o la capacidad de ejecutar los movimientos o acciones oportunas en el momento adecuado, sin que ello suponga la presencia constante en el individuo del sexo en su totalidad. Este saber sobre el sexo se entiende dentro del saber en general como un saber particular, parcial o un saber “acerca de”, y en tal medida debe expresarse que “el saber ‘singular’ es una idea filosófica”⁸ encaminada hacia la no confusión de los saberes singulares o parciales con grandes interpretaciones de verdades reveladas. Por tal razón, un saber sobre el sexo, un saber sexual, intenta ser algo más que un saber unificador de otros saberes.

Desde el pensamiento de Foucault también es posible esclarecer la noción de saber (de una forma general) y, además, establecer la relación entre la definición foucaultiana con la definición propia de un saber sexual. Foucault, nos dice:

A ese conjunto de elementos, formados de manera singular por una práctica discursiva y que son impensables para la constitución de una ciencia, aunque no estén destinados necesariamente a constituirlos, se lo puede llamar *saber*. Un saber es aquello de lo que se puede hablar

⁶ Beillerot, Blanchard-Laville & Mosconi. *Saber y relación con el saber*. Buenos Aires: Paidós. 1998, p.21.

⁷ ALBANO, Sergio, *Michel Foucault. Glosario de aplicaciones*, Buenos Aires: Quadrata, 2005, p. 125.

⁸ Beillerot, Blanchard-Laville & Mosconi, Op. Cit, p. 31.

en una práctica discursiva que de este modo resulta determinada; un saber es también el espacio en el que el sujeto puede posicionarse para hablar de los objetos de los que se ocupa en su discurso; un saber es también el campo de coordinación y subordinación de los enunciados en el que los conceptos aparecen, se definen, se aplican y se transforman; por último, un saber se define por las posibilidades de utilización y de apropiación que ofrece el discurso(...)⁹.

De las palabras de Foucault podemos, entonces, obtener luces para la precisión de una noción de saber sexual. Así, tenemos que un saber sexual no está obligado con necesidad a instituir una ciencia como tal aunque puede constituirla; el sujeto erótico dentro del saber sexual habla desde una práctica discursiva que se encuentra en la base del saber sexual y que apunta hacia la constitución de una razón erótica. Dicha razón erótica, entonces, es el resultado de un saber sexual, a su vez, producto de una práctica discursiva sobre el sexo en y desde el ser humano involucrado en la actividad erótica y sexual. En una palabra, quizá pueda aseverarse que el saber sexual es aquel que “designa el saber construido con miras a ejercer el control sobre las prácticas sexuales”¹⁰.

Sin duda, entonces, cabe postular que no sólo el ser racional del hombre está determinado por la razón, sino que ésta, a su vez, determina todo aquello que el hombre está en capacidad de conocer, hacer y decir en la medida en que en ella se fundan los diversos y complejos modos de relación con el mundo, con el resto de los seres humanos y con todo aquello que hace que el hombre se comporte propiamente como hombre racional, esto es, todo actuar, intervenir y producir algo. En una palabra, si se tratara de resumir lo dicho se encontraría que la razón y, en este caso propiamente, la Razón Erótica es la esencia del hombre, afirmación que se corresponde con aquella otra que expresa que el hombre *es* un ser racional.

De lo anterior podemos suponer que al preguntarse el hombre por una Razón Erótica se pregunta por la realidad que como tal le pertenece desde siempre. El hombre pocas veces se cuestiona por la razón que se asocia a lo erótico, pues además de saber que él mismo, como Razón Erótica, es la respuesta, el hombre relaciona con estricta necesidad Erotismo y Sexo, y en tal medida no cabe preguntar por lo que cree conocer.

Esa respuesta que encuentra el hombre acerca de la razón en su propia inquietud se produce desde la razón misma, pues es a ella a quien le pertenece naturalmente saber acerca de sí misma.

⁹ Michel Foucault, *Arqueología del saber*, Madrid, Ediciones La Piqueta, 1991, p. 56.

¹⁰ ALBANO, Sergio, Op. Cit, p. 126.

En ese orden, se colige de lo anterior que un saber natural acerca del erotismo, y con él acerca del hombre, se origina en la Razón Erótica por acaecer como experiencia inmediata de la razón. Así, nuestro carácter de seres eróticos encuentra su fundamento y su posibilidad en la propia naturaleza de la razón y, simultáneamente, nuestro saber acerca de nosotros mismos como seres eróticos tiene su origen en una experiencia radical y previa, que es siempre y ante todo experiencia de la razón.

En esta especial experiencia de la razón, que es aquella experiencia en la que la razón se experimenta a sí misma, consiste en primer término y originariamente sabernos a nosotros mismos como los seres eróticos que en cada caso somos. En ella también se funda nuestro saber acerca de la Razón Erótica. Lo cual, posibilita el hecho de concluir que la Razón Erótica es razón en virtud de la razón misma, es decir, por la índole de la razón, la razón se convierte en erótica.

Desde el pensamiento filosófico de Bataille expresado en su libro *La oscuridad no miente* (2002) la Razón se entiende y se constituye como medio definidor de otros medios y fines, así como el límite de la violencia y de la violación. Ésta se concibe y se piensa en términos de exclusión, eliminación o supresión, en una palabra, como uso razonado de la violencia, que es, a su

vez, lo que la Razón deifica, precisamente como límite. La ausencia de la Razón posibilita, entonces, la aparición de una *continuidad del ser* que debe, con necesidad y suficiencia, ser vista como ausencia de límite. En palabras de Bataille¹¹ sería: “allí donde la ausencia de límite es soberana”.

Como consecuencia, la Razón erótica se concibe como reflexión acerca del límite trasgredido por la violencia e impuesto por la prohibición. No es un tipo de razón controladora o reguladora de significado, por el contrario es meditación acerca del sentido a la conciencia de la unidad dada en el erotismo o, en otros términos, meditación acerca del sentido de la *continuidad* del ser. En una palabra, la experiencia de lo erótico (presente algunas veces en la experiencia de lo sexual) y con ella la experiencia de la transgresión de lo prohibido gobierna la conformidad de la Razón erótica con lo posible de la oposición de esta misma Razón a la violencia de seres discontinuos por naturaleza.

En fin, una pregunta por el erotismo sólo tiene sentido si es formulada desde la filosofía, en tanto la filosofía no escapa al lenguaje de lo erótico. Solo el análisis que haga la filosofía de las categorías de lo prohibido y la transgresión posibilitará el acceso a la cima del ser, revelado en su totalidad en el movimiento pleno de la transgresión.

¹¹ BATAILLE, Georges, *La Oscuridad no miente*. Madrid, Taurus, 2002 p. 20.